

Capítulo 1



SOMOS HIJAS DE LA PROMESA

Porque para vosotros es la promesa, y para vuestros hijos, y para todos los que están lejos; para cuantos el Señor nuestro Dios llamare.
(HECHOS 2:39)

INICIO ESTE LIBRO compartiendo mi origen y cómo empezó mi historia. Quiero que sepas que lo haré desde el cristal de la vida de tantas mujeres que existen en la Biblia. Unas son conocidas y otras no, pero todas ellas tienen situaciones como tú y yo, nada tan lejano de la realidad de lo que muchas de nosotros vivimos hoy. Una de las razones de empezar este libro hablando de mi origen es porque hay demasiada gente, demasiadas mujeres, que piensan que no hay razón de ser o de existir y, peor aún, que no tienen propósito para estar en este planeta.

Para los que piensan que no tienen propósito o que llegaron a este mundo por casualidad, quiero alentarte a entender que tienes destino, propósito y una asignación divina; tarde o temprano la podrás descubrir. Y digo la podrás descubrir, porque si en ti no existe la curiosidad, el anhelo de saber quién eres, pasarán más de mil años y muchos más, como dice la canción, y perderás días buenos con los que Dios quiere bendecirte. Ciertamente algunos lo harán más temprano que otros. Pero lo importante es que, durante el viaje que se llama vida, entiendas que sí tienes un propósito.

No tengo la menor duda en esta etapa de mi vida, la cual vivo a plenitud, de que fui marcada por Dios, y aunque me costó asimilar muchas cosas en el caminar, estoy convencida de quién soy. Es importante que entiendas que Él te da identidad, te da autoridad y cierra las

puertas para que otros no tomen ventaja de ti y de tus carencias. Así que empiezo contándote algo de cómo llegué a ser la primogénita de la familia Raschke.

Mi madre, quien pasó a morar con el Señor, había comenzado junto a mi padre a ejercer la labor de evangelista en América del Sur para la década de los setenta. Llevaban varios años ministrando entre Colombia y Venezuela. Ya había pasado cuatro años desde que ellos se casaron y mi madre aún no quedaba embarazada, y tampoco los estaba evitando; sencillamente, no pasaba. A pesar de la agitada vida ministerial que ya llevaban, sin embargo, como toda pareja, deseaban tener un bebé.

Mamá tenía una forma particular de contar esta historia, porque siempre que me veía desanimada o sin norte, de manera muy sutil, como ella solo sabía hacerlo, empezaba a contarme una vez más una anécdota, una vivencia muy de ella como mujer, pero con sentido de urgencia y necesidad espiritual para mí. Aun me parece escuchar su suave, pero autoritaria voz, diciéndome: “Kimmey, fuiste una niña perdida en el altar”. Crean que cada vez que ella decía eso y yo lo escuchaba me estremecía; había algo que se activaba dentro de mí. Ella era una mujer tan poderosa en Dios que estaba clara que cada vez que me lo decía estaba afirmando mi propósito, mi lugar de origen y mi identidad espiritual, estaba marcando en mi espíritu para bien. Solo puedo decirte que cada vez que de sus labios salían estas palabras, era como el mismo cielo retumbando en mis oídos: “Tú fuiste hecha en el cielo”.

Una mujer real necesita tener una identidad clara. Es importante conocer y tener claro tu origen, no solo en lo natural, sino en lo sobrenatural. Mi madre, quien tenía este don de contarte las cosas con énfasis, me narra cómo todo comenzó; se trataba de un pacto entre ella y Dios. La oración tiene poder, hablamos con Dios y Él nos responde. Me contaba que, clamando en el altar de una iglesia en Venezuela, le dijo al Señor: “Si tú me das un hijo, yo te lo voy entregar a ti, será para ti; y si tiene que morir por tu causa, morirá por ti. A los meses de tan conmovedora y decidida oración, estando en la tierra del

llano venezolano, descubrió que estaba embarazada de mí. Sí, Dios contestó su oración y ahora tendría a la primogénita de la familia Raschke.

Aun Dios contesta oraciones, aun Dios concede peticiones, mira los corazones y aun concede los deseos de tu corazón. “Deléitate asimismo en Jehová, y él te concederá las peticiones de tu corazón” (Salmo 37:4). Veo y escucho tantas mujeres afanadas hoy que se olvidan que todavía Dios es capaz de conferir las peticiones de tu corazón. El que lo hizo ayer, sigue siendo el mismo y lo volverá a hacer otra vez.

Cuando ya era adulta, ella volvía a narrarme esta historia que daba inicio a lo que sería mi existencia y paso por esta tierra. Me reía, la miraba a los ojos y le decía: “Nunca tuve la oportunidad de leer las letras pequeñas”. Esto era en alusión a que siempre que se firma en un contrato o documento importante, puede que te digan: “Lea las letras pequeñas porque ahí está el contenido más importante”. Siempre le decía a ella: “No me diste oportunidad, esa última parte está muy fuerte, como que fuiste algo radical sin preguntar”. Ella se reía y yo también.

Si algo aprendí es que quien quiera algo en la tierra y en lo sobrenatural tiene que aprender a ser radical. A Dios no lo mueve otra cosa que no sea gente, mujeres valientes, sin temor de accionar. Eso fue una inyección en mi vida desde antes de nacer. Creo en vivir al máximo para Dios, arrebatarse y conquistar. Recuerda, amiga, que de los cobardes no se ha escrito nada y menos de los que no se atreven. Ciertamente había un compromiso de ella con Dios, que provocó que una historia nueva surgiera. Creo que, muchas veces, de ahí he podido entender de dónde surge tanta pasión por Dios en mi vida, por amarle y por servirle. Aunque sé que me falta mucho por hacer para bendecir a otros y cumplir el propósito del Padre a plenitud, y ya que ese momento de las letras pequeñas no ha llegado, el morir no ha llegado aún.

Me río porque me tomó tiempo asimilar quién yo era en Dios. Durante ese tiempo, la misericordia de Dios me arropó, pero cuando lo descubrí empecé a caminar de manera diferente, llena de autoridad y convicción. No es hasta que asimiles y aceptes tu verdadera

MUJER REAL

identidad que podrás alcanzar todo lo que anhelas en Él. Muchas no alcanzamos más, porque no estamos convencidas de que nuestra formación fue ordenada en el cielo, no importa cuál haya sido o sea el viaje de la vida. Eres conocida por el Padre:

“Mas a todos los que le recibieron, a los que creen en su nombre, les dio potestad de ser hechos hijos de Dios; los cuales no son engendrados de sangre, ni de voluntad de carne, ni de voluntad de varón, sino de Dios” (Juan 1:12–13).

Hija de la oración

Es poderoso compartir esto contigo, porque la historia de mi madre es muy parecida a la de Ana, la madre del profeta Samuel, cuya historia aparece en el primer libro de Samuel en el Antiguo Testamento. Fue una mujer real que lloró, pero oró; una mujer que se desesperó, bajó al valle, pero al final pudo descansar en Dios a través de la oración. Fue una mujer que clamó y derramó su corazón, y recibió respuesta del cielo.

Mi madre, al igual que Ana, clamó a Dios para que le concediera un hijo. Siempre me contaba con tanta alegría y efervescencia que ella había orado en el altar para que Dios le concediera tener aquel bebé que tanto deseaba.

“Y se levantó Ana después que hubo comido y bebido en Silo; y mientras el sacerdote Elí estaba sentado en una silla junto a un pilar del templo de Jehová, ella con amargura de alma oró a Jehová, y lloró abundantemente. E hizo voto, diciendo: Jehová de los ejércitos, si te dignares mirar a la aflicción de tu sierva, y te acordares de mí, y no te olvidares de tu sierva, sino que dieres a tu sierva un hijo varón, yo lo dedicaré a Jehová todos los días de su vida, y no pasará navaja sobre su cabeza” (1 Samuel 1:9–11).

Una oración provoca un nuevo comienzo y abre las ventanas de los cielos a tu favor.

Tal vez al leer estarás diciendo: “Esa no fue mi historia, ese no fue mi inicio, no tengo proceder, no conozco mi historia, mis padres no me amaron”. Pueden ser muchas tus preguntas y quiero que sepas que todas son válidas. Solo quiero decirte que el inicio no necesariamente determina cual será tu final, ni tampoco determina cómo será tu caminar. Quiero decirte que, en mi caso, aun sabiendo y repitiéndolo mi madre hasta el cansancio, muchas veces me sentía algo insegura de qué sería de mí, qué cosas viviría, a qué me enfrentaría, quién era realmente. Pero alabo a Dios porque la diferencia fue que, mientras más mi madre repetía y sembraba su testimonio en mí, ella estaba asegurando una identidad divina que me perseguiría por el resto de mi vida.

Finalmente nací en el 1974. Sé que estás sacando cuentas ahora mismo para saber mi edad. No me molesta, al contrario, me certifica que estoy viva. Si algo he aprendido y quiero que recibas mientras me acompañas a través de esta lectura llena de anécdotas personales e historias bíblicas es que puedas celebrar quién eres en Dios. Así que la edad es lo de menos porque, como dice la Palabra, el espíritu correcto hace que el rostro se vea más hermoso, brille más (ver Proverbios 15:13). Así que no dejes que la edad y las arrugas te agobien; son solo la marca de las vivencias. Te puedo certificar que el dolor marca, pero el gozo del Señor hace que tu rostro rejuvenezca más que con cualquier crema de esas que tanto nos ofrecen por ahí.

Solo quiero que sepas que tuviste un inicio, una formación divina, que fuiste creada por el Eterno. Nunca permitas que nadie distorsione, ni use tu pasado ni tu presente para distorsionar tu futuro y quién eres en el Reino de Dios. Por eso me encanta la historia del rey David, porque algunos estudiosos llegan a la conclusión de que su inicio fue fatal. Algunos alegan que era un hijo bastardo. No fue tomado en cuenta, ni por su propio padre, el día que el profeta Samuel fue a su casa buscando ungir a un nuevo rey, de quien Dios le había hablado. Pero si de algo este hombre estaba convencido era que su Hacedor, su Padre, ya lo conocía, y por consecuencia, ya tenía identidad en Dios. Por eso, él mismo afirma que en su embrión, en su yo interior, sabía su procedencia:

MUJER REAL

“No fue encubierto de ti mi cuerpo, bien que en oculto fui formado, y entretejido en lo más profundo de la tierra. Mi embrión vieron tus ojos, y en tu libro estaban escritas todas aquellas cosas que fueron luego formadas, sin faltar una de ellas” (Salmo 139:15–16).

Mujer, recibe esta palabra. Tú estás despierta, y el Padre está contigo y tú estás con Él; aún estás viva. Tú también eres hija de la promesa, y lo escribo porque quiero que te apoderes de esta palabra. Empieza a amarte, y cuando te grabes eso en la cabeza podrás vivir a plenitud, dejando a un lado los complejos, las marcas del pasado, y serás libre. Tú eres hija de la “libre”.

“Porque está escrito que Abraham tuvo dos hijos; uno de la esclava, el otro de la libre. Pero el de la esclava nació según la carne; mas el de la libre, por la promesa” (Gálatas 4:22–23).

Comienzos: mi llegada y el ministerio

Mi llegada a este mundo al hogar de mis padres fue de alegría y respuesta, pero mi nacimiento y mis primeros años de vida se dan en un momento difícil para ellos. Apenas empezaban en el ministerio, vivían por fe y ciertamente sostener un hijo dentro de la vida ministerial intensa que llevaban sería un gran reto para ellos. Llegué en el momento donde apenas todo comenzaba: un apellido, una familia, una entrega por predicar el evangelio. No había lujos, pero sí un hogar apasionado por el reino de Dios.

Recuerdo que vivíamos en unos apartamentos de bajos recursos o más bien de ayuda federal. Por cierto, aún existen: Villa Navarra en la ciudad de Bayamón, Puerto Rico. Allí viví mis primeros años rodeada de amor, luchas, sacrificio. No sería la vida tradicional, aunque les confieso que mis padres siempre buscaban tiempo para llevarme a algún parque del área, pues éramos una familia de muy limitados recursos.

Sumemos a todo eso lo sacrificado de la noche intensa de predicación, visitar iglesias, dormir en los carros y esperar la provisión de

Dios, porque en la casa de mis padres se vivía por fe. No esa fe que hablan algunos por ahí hoy, distorsionando la verdad del evangelio. La fe que vivieron esos pioneros del evangelio era creer, bendecir y dar todo para que un alma fuera salva, sanada y restaurada. No era la fe para obtener bienes y vivir llenos de lujos, era la fe de que, si se entregaba todo por Jesús, la recompensa y la bendición para mí y los míos estaban aseguradas en Dios.

Así mismo, Dios les suplía cada día todo lo que necesitábamos: hermanos y gente aparecían para bendecirnos hasta para la compra de alimentos. Pero eso no deja de ser una vida sacrificada y fuerte para un niño. Mis primeros juguetes fueron lápices de oficina y máquinas de escribir. Ya a los cinco años sellaba los sobres del ministerio y les colocaba los sellos postales para que la correspondencia llegara a tantos hermanos alrededor de toda la Isla de Puerto Rico, y más adelante a Estados Unidos, Centroamérica y América del Sur.

Mi vida era la escuela. Una vez terminada la jornada del día escolar, mis padres habían conseguido un local en la Carretera 167 en Bayamón, en los altos de una floristería y una agencia de viajes, quienes les facilitaron el área para que allí abrieran unas oficinas ministeriales. No había dinero, se los digo de corazón, solo vi a un hombre y una mujer accionados por la fe, con entrega y sacrificio.

Mis temas y conversaciones escuchadas a diario no eran las de una niña, eran temas de adultos. Se hablaba de situaciones, compromisos, liberación y cuántas cosas más. Desde aquel humilde lugar se forjaba el inicio de un gran ministerio y el depósito de entrega de una familia.

Mi vida comenzaba a tomar un giro diferente. Era la hija de ministros con arduas limitaciones y presiones. El tiempo pasaba rápido; crecía corriendo de un lado para otro. Mis padres viajaban predicando de una esquina a la otra de Puerto Rico, y allí estaba yo. Mucha gente piensa que crecí como una princesa, pero no fue así. La mayoría de las veces dormía en la parte de atrás de un bus viejo que mis padres tenían en aquella época, y cuando no, en los pisos de las iglesias hasta que se dijera el último amén. Allí estaba Kimmey Raschke,

MUJER REAL

empezando una vida que sería muy distinta a la de todos los demás niños, en muchos sentidos: sacrificio y pasión por Jesucristo.

Este solo era el inicio para Dios empezar a prepararme para un llamado que no solo era de mis padres, sino que también se extendería a mí. Recuerdo que tanto mi mamá como mi papá, dentro de lo que tenían en aquel momento a su alcance, buscaron lo mejor para mí. Con mucho sacrificio y ayuda de quien en vida fuera el Rev. Manuel Cordero, mis padres me colocaron en el entonces Colegio Asambleas de Dios, en Bayamón, Puerto Rico. La hija del reverendo Cordero sería mi primera maestra. Todo apuntaba a una sobredosis de Palabra sobre mí, pero, sobre todo, de cuidados de parte de Dios. Allí estaría cursando mis primeros años, pero esto no me desvinculaba de la agenda ministerial.

Aprendí lo que era dormir con el uniforme puesto y levantarnos temprano al otro día para ir a la escuela. Definitivamente, esto producía una afinidad muy grande con el evangelismo, pues lo vivía 24/7. En aquella época, la vida ministerial era muy diferente a lo que veo hoy. No se trataba de cuánto podía obtener para mí y para los míos; se trataba de dar todo por el Señor, se pagaba un precio muy alto, el que con tristeza tengo que decir hoy, que muchos no quieren pagar, y el que otros han distorsionado con sus estilos de vida. Sin duda alguna sé que los tiempos han cambiado, hay muchas herramientas poderosas y más accesibilidad, pero la esencia de la entrega por la cruz de Cristo y predicar el evangelio, sí ha sido trastocada, y por eso hay una generación desconectada de lo verdadero y lo genuino.

Desde niña sentí un profundo temor y respeto por las cosas de Dios. Es que no basta con ser una hija de la promesa. Ahora el escenario estaba listo para ver con mis propios ojos que el Dios que mis padres servían era real. Crecí viendo milagros, las cruzadas evangelizadoras no paraban, veía las almas correr por miles para aceptar a Jesucristo; eso me sacudía.

Clamor y fe desde niña

A medida que pasaba el tiempo, la popularidad del apellido y la familia ministerial fue creciendo, y con ello los sacrificios. Aún recuerdo de niña cómo en mi casa fui marcada por fuertes manifestaciones espirituales. Cuando vivía en los apartamentos de Villa Navarra, mis padres y yo habíamos regresado de una cruzada en el Caribe y con ellos habían traído una muñeca de estas que son de lo que llamamos “artesanías locales” del lugar.

Era un ministerio fuerte de salvación y liberación el que se vivía en nuestro hogar. Mi mamá dejó la muñeca en la sala, en el primer piso del apartamento. A la mañana siguiente, cuando mi mamá bajó, observó que la muñeca ya no estaba en el lugar que ella la había dejado la noche anterior. Pensó que era un descuido de ella y volvió a colocarla en el mismo lugar donde la había ubicado antes. Pero al día siguiente, volvió a ocurrir lo mismo. Fue entonces cuando se percató que algo no estaba bien. Al día siguiente, la muñeca empezó a botar algo que era parecido a sangre. Inmediatamente, mi mamá le dijo a mi papá: “Está ocurriendo algo espiritual; debemos orar y sacar esto de la casa”.

Mi mamá me llevó al segundo piso donde estaban las habitaciones, cerró todas las ventanas y comenzó a orar. Sentada en la cama, yo trataba de mirar por las ventanas que daban al pequeño patio que tenía el apartamento. Como niña al fin, tenía curiosidad por ver lo que pasaba y quería saber cuál era la urgencia que tenía mi padre cuando decidió quemar aquella muñeca.

Lo único que me decía mi mamá era: “No mires, y vamos a clamar a la sangre de Cristo”. En efecto, los gritos de algo fuerte se escucharon de inmediato en el patio. Los perros aullaban, mi madre seguía orando, y la muñeca no quería ser arrojada por el fuego. Había sido dedicada en un acto de hechicería. Yo escuchaba a mi papá, con una autoridad feroz en el Espíritu, cuando decía: “¡Sal fuera, no tienes acceso a nuestra casa, la sangre de Cristo cubre este hogar!”.

Tal vez puedes pensar que es puro cuento lo que te estoy narrando, pero esa fue una de mis primeras experiencias como niña dentro del ministerio. Sabía que el Dios de mis padres era real, pero también

lo era el mundo espiritual. Desde niña entendí la seriedad de lo que era servirle a Dios, y que existía un enemigo que realmente odia a los hijos de Dios.

Desde ese día, yo creo que mis papás no aceptaban regalos, ni nada que les dieran de lo cual ellos no tuvieran conocimiento de su procedencia. Mi vida no era la vida de cualquier chica normal, pero estoy convencida de que lo que vi me hizo entender y aferrarme al Único que tiene todo el poder y la autoridad, al Único que tiene autoridad para que los espíritus inmundos salgan, Jesús de Nazaret.

Mis padres no vivían lo que hablaban tan solo en el altar y frente a las grandes multitudes. Lo que me marcó como “hija de la promesa” era que lo que hablaban frente a toda esa gente, se vivía y se practicaba en mi casa. Los días que no había compromisos ministeriales, que, por lo general, eran los sábados en la mañana, aún tengo frescos en mi memoria el sacudir de la larga cabellera recién lavada de mi madre, y a mi papá con su largo pantalón sin camisa sentados en la sala esperando para dar el altar familiar. Ahora la cruzada sería en la casa.

Me río mientras escribo, porque realmente en aquella época pensaba que esto parecía no tener fin, pero qué alegría tan grande sentarme a tener un tiempo sin micrófonos y sin multitudes, ellos tan solo para mí. Recuerdo que mami leía una historia bíblica, cantábamos y papi oraba. Al final, estaba siendo inyectada de una dosis sobrenatural de Dios que sería insuperable en mi vida.

“Instruye al niño en su camino, y aun cuando fuere viejo no se apartará de él” (Proverbios 22:6).

He escuchado este texto hasta el cansancio. Pero no lo repitas, vívelo en tu casa, practícalo.

Aprende quién eres

Los sermones pueden escucharse preciosos desde un altar, pero el ejemplo puede marcar la vida de alguien para siempre. No pretendas que tus hijos vivan lo que tú no vives, si no lo muestras con el ejemplo. No hay nada que fortalezca más una vida en formación, a un “hijo de

la promesa”, que las acciones. Las palabras se las lleva el viento, pero lo que tú practicas marcará para siempre a los tuyos. Cuántos hijos de pastores y ministros, hijos de la promesa, necesitan saber que no están, ni estuvieron solos en la sacrificada vida ministerial, pero ese es otro tema para otro libro.

En muchas ocasiones, el pronóstico de la gente para los hijos de la promesa, diría más bien que, en la mayoría de las ocasiones, no será el mejor. Yo lo viví, pues desde niña fui marcada por las palabras de mis padres, la manifestación del poder de Dios, las palabras de la gente que también dejaron su huella; era inevitable. Estaba creciendo en el mundo real y estaba siendo preparada para ser una mujer real, no para ser una princesa. Me tocaba a mí y solo a mí descubrir mi verdadera identidad y propósito. Nadie podría hacerlo; esa sería mi asignación.

Cada escenario de la vida te estará preparando y te estará haciendo más fuerte, con las herramientas necesarias y el suficiente equipaje para enfrentarte a todo lo que el enemigo pueda traer para distorsionar y tratar de dañar quién tú eres en el reino de Dios.

“El Espíritu mismo da testimonio a nuestro espíritu, de que somos hijos de Dios. Y si hijos, también herederos; herederos de Dios y coherederos con Cristo, si es que padecemos juntamente con él, para que juntamente con él seamos glorificados” (Romanos 8:16–17).

Este es uno de mis textos preferidos. Eres hija, y quien da testimonio de ti es el Padre. Él dijo: “Ella es mi hija”. Y también tienes derecho a una herencia. Tienes que estar convencida, asumir tu identidad y caminar afirmando la verdad de la Palabra de Dios en tu vida. Esto te llevará cada día a vivir en la plenitud para la cual fuiste creada, porque el Espíritu mismo da testimonio de que somos hijos de Dios. Yo creo que este es un buen tiempo cuando, a pesar de cualquier otra circunstancia, pronóstico y panorama, podrás comenzar a celebrar que tú y yo somos hijos.

MUJER REAL

“Mas vosotros sois linaje escogido, real sacerdocio, nación santa, pueblo adquirido por Dios, para que anunciéis las virtudes de aquel que os llamó de las tinieblas a su luz admirable...” (1 Pedro 2:9).

Recuérdale a todo aquel que te ha menospreciado, háblate a ti misma, a tu espíritu, quién te adquirió y quién te posicionó para esta hora. Si puedes entender esto, tendrás el paquete completo de tu vida. Podrás mirar de frente a cualquiera con la certeza de que eres linaje escogido. Lo que es escogido, es separado, es cuidado con detalles. Mi mamá siempre me decía: “Un diamante, aunque caiga en el fango y esté lleno de tierra, siempre seguirá siendo un diamante”. Graba bien esto: Nadie tiene derecho a robarte estas promesas de Dios para ti que ya fueron diseñadas para tu vida.

Quizás has tenido un inicio en tu caminar de vida que no ha sido el mejor. No serás la primera, ni la última. Quizás las cosas no han sido como hubieses deseado, pero aún dentro de eso que no entiendes y que parece mal, Dios sigue teniendo propósito para ti, para afirmarte en su Palabra.

“Vosotros que en otro tiempo no erais pueblo, pero que ahora sois pueblo de Dios; que en otro tiempo no habíais alcanzado misericordia, pero ahora habéis alcanzado misericordia” (1 Pedro 2:10).

Vivimos bajo su misericordia, y su misericordia también nos da identidad. Su misericordia te alcanzará donde quiera que vayas o estés. Celebro que eres hija de la promesa y que dentro de lo que te está tocando vivir, la manifestación del Padre que te conoció desde antes de la fundación del mundo, tendrá y seguirá teniendo cuidado de ti y de mí.

“Según nos escogió en él antes de la fundación del mundo, para que fuésemos santos y sin mancha delante de él, en amor habiéndonos predestinado para ser adoptados hijos

suyos por medio de Jesucristo, según el puro afecto de su voluntad, para alabanza de la gloria de su gracia, con la cual nos hizo aceptos en el Amado” (Efesios 1:4–6)

Si de algo estoy cansada es de ver a mujeres sin rumbo, gente sin rumbo, creyendo las primeras palabras susurradas por alguien en su contra. Me cansé de ver cómo se hace ruina del propósito de alguien por la sola idea comprada de que no tienes razón de ser, ni un destino en Dios. Yo creo firmemente que llegaste para esta hora, y que cada día, cada hora, cada minuto que caminas por este mundo tiene una razón de ser, que fue predestinada porque Él nos hizo sus hijos mediante Jesucristo.

Eres nacida con propietario y un destino en Dios, y lo vas alcanzar por encima de lo que diga la gente. Lo podrás alcanzar cuando decidas despojarte de todo lo que te atrasa en el caminar y puedas mirar cada experiencia vivida como solo la preparación para este momento que vives hoy. Yo te aseguro que mi inicio y cada etapa de mi niñez, aún dentro de los obstáculos y momentos dolorosos, Dios tuvo el cuidado perfecto para protegerme para este tiempo y escribir estas líneas que están bendiciendo tu vida ahora. No pierdas más el tiempo en dar vueltas sobre el mismo pensamiento contrario, sobre tu pasado. Ubícate en el presente, en lo próximo que Dios va a hacer.

Sé que hay alguien que mientras lee es sacudido y tocado por el Espíritu Santo, porque muchos aun dentro de la Iglesia hemos enfrentado esta batalla, donde el enemigo trata de distorsionar, de alterar el principio, para desviarnos de alcanzar todo lo que Él ya tiene separado para cada una de nosotras.

Levanta tu rostro, respira y créelo. Vamos, repítelo conmigo y créelo con todo tu corazón: “Yo soy hija de la promesa”. Dilo en voz alta mientras lees: “Yo soy hija de la promesa”. Sí, así es, tú eres hija de la promesa. **#MujerReal**